

# Ashanti Dinah Orozco-Herrera

## PALENQUE DE SAN BASILIO

Amanece en Palenque de San Basilio.

Percibo con los ojos insomnes  
la madrugada de un murmullo de aves en la vasta llanura de su horizonte.  
Hay esencia a especias en el aire que embriagan las horas  
de fresco rumor a rocío en su piel antílope.  
Percibo, tras los follajes de su comarca pulmonar  
cómo la espesa humedad de sus cantos moja la lluvia,  
llueve néctar corporal de selva  
llueven enaguas floridas en los patios,  
llueve sobre los cañaverales de los espíritus  
y llueve en la nervadura de las hojas de plátano una secreción de vida.

¿Qué fuerza del África entrañada te mantiene vivaz y crepitante  
más allá de la acústica de los siglos?  
¿Será algún ancestro de sangre y lengua que sopla el vientre de tus montes?  
¿O será acaso el latir del manantial sonoro de tus tambores  
golpeando los riscos de los arroyos?

En la inmensidad de tu misterio,  
son tuyas la quimera y el mito fundacional.  
Las mujeres se mapearon la libertad en sus cabellos,  
y guardaron semillas de árboles,  
que crecieron allí durante los pantanos de la esclavitud.  
Tiempo después, sacudieron su pelo de nido de pájaro sobre la tierra mojada,  
y un bosque milenario les empezó a fecundar como un cordón umbilical.

Aquí se respira la bitácora del día:  
Contemplo a las mujeres desgranar el maíz que pilan en su pilón  
y preparar sus lunas de cazabe con dientes de coco partido en trocitos.

Soplan, soplan el fogón en festín coral,  
haciendo las arepas de queso costeño  
dentro de la cocina de palmas,  
mientras cantan, cantan con los gallos y las chicharras las tonadas sacras,  
como desde niñas,  
cuando labraban las pulsaciones de la tierra con sus manos.

Y a lo lejos, veo un anciano con la piel bruñida  
por el orbe de su sol encantado de bronce,  
contemplar la siembra y la cosecha de su arrozal.

Aquí se respira la bitácora del día:  
un turista blanco -*con su cáustica sonrisa de Voltaire-*  
en actitud estéril de espectador,  
se selfea fotos de “¡oh, my God!”,  
mientras ve bailar en la plaza a la negrería nativa.  
Ha sentido un olor axilar a yuca frita, a humo tabacoso en leña ardiente, y...  
No intuye,  
    No advierte,  
        No interpreta,  
            en su con-fusión,  
que por la lengua criolla-calibánica que ellos hablan,  
desciende la tempestad y el trueno de un tambor lunar de guerra, que viene y va.

Aquí se respira la bitácora del día:  
la bullaranga prieta bañada en sudor  
danza... y danza... y danza...  
rumorea sus brazos felinos como un cascabel,  
se encrespa como una serpiente que pica,  
contorsiona sus piernas,  
cimbrea sus ágiles caderas,  
cabalga el ritmo epiléptico,  
al compás de los chasquidos de las manos  
arrancando el mapalé de los cueros.  
Aprieta la dentadura  
como un músculo tensado bajo la piel del alma.  
Trae reminiscencias de otras épocas,  
gritos de rebelión congolística  
en la polvareda del pasado.

Aquí se respira la bitácora del día:  
la bullaranga prieta bañada en sudor  
¡Ay no puede callarse!  
¡Ay no lo puede ocultar!  
¡Ay que no aguanta más!  
Grita, frenética y sin ambages, la elegía de su heredad.  
Grita unánime, contra el crepúsculo del olvido.  
Y grita para resistir a la desmemoria sonámbula,  
de aquel abuelo príncipe bantú -primer patriarca de las rutas de Palenque-  
que se puso a crecer, de pie al viento itinerante de la historia,  
como un archipiélago de bosques entre las venas,  
mientras España fruncía el ceño.

## NGANGA

Un viejo juramento bantú borda de los labios del Tata Nganga.  
En medio del sonido de la lluvia  
dirige el ritual de sacrificio de tres gallos  
para regar con tinta de agua y sangre la simiente de la memoria.  
En esta misa negra, estamos pronunciando a la misma vez  
los nombres de todos nuestros muertos.  
Sabemos que bajan las escaleras del cielo  
-hacia el árbol gigante y fresco-  
donde hace un millar de siglos sembraron sus ombligos,  
para nunca olvidar la tierra donde germinaron.

Y mientras las oraciones elevan las sombras de Semsemayá  
y comienzan a dar a luz,  
voces ancestras se van caminando  
hacia un caldero de barro, puente entre dos mundos,  
donde se cuecen los secretos del origen de la creación,  
y nace la vida y la muerte, el principio y el fin.

Ahí respiran los *Mpungu*  
de los Fanti, los Ashanti,  
los Fulani, los Mandingas,  
la aldea de los Igbo, el pueblo Efik,  
la gente de Calabar,  
el palacio de Sans-Souci del Rey Christophe,  
el Palenque de la Matuna  
y hasta el Reino de Barûle...  
Ahí yacen el Imperio Congo, Yoruba y Dahomey  
arropados por su honda colmena interior.  
Ahí conspiran las venas axilares  
de Toussaint, Pétion, Dessalines,  
y las de Nat Turner con fuerza telúrica.  
Ahí reposa también el eco del canto de aquel cimarrón,  
que en periodos coloniales,  
lincharon con el fuego de una escopeta.  
Ahí reside el crujir agudo de aquél fugitivo  
transportado a la cocina  
que fue colgado en lo alto del horcón.  
Ahí están las últimas palabras-tótem que Tituba  
vociferó en el patio de la plantación durante la quema de brujas:  
"Libre, al fin libre",  
y que ahora tomaron la silueta de la anatomía del viento.

Mientras el mundo sea mundo,  
una amalgama de lenguas, un panteón de energías sanadoras  
concentran de magia el código milenario del Palo Mayombe,  
que domina el secreto bilongo de las encrucijadas.

Y así empieza la revuelta de los desposeídos...  
Así la danza vibrante de un relámpago troza el aire y se prolonga.  
Así la infinita opacidad de esta noche  
que ha acariciado el vuelo meditativo de un búho,  
detiene las manecillas del tiempo  
con su tambor de selva.